JOSE DE JESUS MARTINEZ

AQUI, AHORA

DOS POEMAS EN FRAGMENTOS

5aa

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

QUITO — 1963

EDICIONES DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

A la Costa, por Luis A. Martínez.

En las Calles, por Jorge Icaza.

Las Cosechas, por Miguel Angel Corral.

Para Matar el Gusano, por José Rafael Bustamante.

Pacho Villamar, por Roberto Andrade.

Notas sobre el Moderno Pensamiento Español, por Pierre Jobit.

Al Margen de la Historia, por Cristóbal de Gangotena y Jijón.

Don Balón de Baba, por Alfredo Pareja Diezcanseco.

Viejos Cuentos, por Jorge Icaza.

Visión y Revisión de Bolívar, por J. L. Salcedo Bastardo.

Atahuallpa, por Benjamín Carrión.

Teatro (Dos Tomos), por Francisco Tobar García.

Historias, Leyendas y Tradiciones Ecuatorianas (Dos Tomos), por Laura Pérez de Oleas.

Historia de la Medicina en el Ecuador (Dos Tomos), por Virgilio Paredes Borja.

Por qué Jesús no vuelve, por Benjamín Carrión.

Hombres y Lugares, por Sergio Huneeus.

AQUI, AHORA

DOS POEMAS EN FRAGMENTOS

JOSE DE JESUS MARTINEZ

Aquí, Ahora

DOS POEMAS EN FRAGMENTOS

EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
QUITO - 1963

AQUI

(POEMA EN FRAGMENTOS)

1

Las nubes, sabias, decididas, lentas,
y el viento, menos sabio, más de prisa,
que a cada instante pierde su camino;
la luz, la sombra, el día, los sonidos,
los caminos, la luna, las ciudades,
aun la piedra más dura envejeciendo,
en fin, todo eso que llamamos tiempo,
pasa, se escapa, huye, fluye, corre perseguido.

Y aun hay más, hasta mi propio cuerpo,
mi sangre, mis deseos más profundos,
mis ganas, mi mirada,
mis pensamientos galopando por mi frente,
huyen también despavoridos, pasan,
y me dejan atrás abandonado.

Porque solamente yo no paso.
Sólo yo permanezco.
Sólo yo no tengo miedo de esperar,
eterno, duro, terco, enamorado.

2

Desde mi ventana todos los días veo anochecer.
Desde mi lecho cada mañana veo irme, abandonarme,
con una premura inexplicable, tras mezquinos deseos.
Desde mi corazón todo se va, se enturbia, aleja y desaparece.
Mi corazón también.

Si yo estuviera yéndome conmigo,
si yo estuviera yéndome con el mundo,
si estuviera también dentro del tiempo,
no vería a las cosas alejarse de mí, decirme adiós, podrirse.
Las vería siempre igual, a la misma distancia.
Yo no sabría qué es el tiempo
si yo estuviera en él,
si yo me fuera con las cosas.
Pero las veo irse, heme aquí llorando,
heme aquí a cada instante recién dejado solo.
Luego, yo no me voy. Yo soy eterno.

¿A quién espero yo? Se va mi mundo,
todo lo que conozco,
lo que he compadecido,
lo que aprendí a querer.

¿Por qué, pues, me separan de mis cosas?
¿Por qué me dejan atrás?
¿Por qué hacen que se olviden de mí,
de quien un día pueden tener necesidad?

Detrás del tiempo, Dios.
Querrá informarse.
Pues bien, yo le diré.

3

Me han clavado aquí,
en este aquí que llevo a todas partes
como un anillo en el alma, como un puño
que me aprieta el corazón, que me lo estruja, aquí,
para que no huya en el tiempo,
para que no pueda perderme o esconderme,
para que me puedan encontrar.

Todo en mi derredor huye, se escapa, todas las cosas
se montan en los días, se agarran a las horas,
y abarrotado el tiempo se las lleva,
se envejecen, se pierden,
se hacen polvo, sombra, nada.
Solamente yo no. Yo soy eterno.
Yo estoy fuera del tiempo
pero en medio del caos,
me maltratan, me pisan, me contagian.

Pánico de las cosas. Pánico de mi corazón, mis ojos.
Pánico de las cosas tirándose de cabeza

en el primer hueco que encuentran.
Vienen a mí corriendo, se tiran a mis ojos
para esconderse en mi memoria
y perderse después en el olvido.

¿Quién, quién viene galopando
más de prisa que el tiempo?

¿Quién, quién viene, que huyen así las cosas,
aun la piedra más dura envejeciendo?

¿Quién, quién viene? ¿Es acaso la muerte?
No. También ella es un hueco, una salida,
una puerta de escape. Las cosas se suicidan.
Es algo más inmenso, más monstruoso.

¿Pero quién, quién viene?
¿Quién casi ya está aquí?

¡Dios, pronto, olvídame!

4

¿Cómo, José, también tú? ¿También tú
me vas a abandonar?
¿También tú, alma, me traicionas?
¿También tú te me mueres,
te me escapas tras frívolos deseos?
¿También tú envejeces,
te me escondes, te me alejas en el tiempo?

Entonces, ¿quié queda aquí?
¿De quién son estos ojos
que ven cómo te vas?
¿De quién son estas lágrimas?
¿Quién soy yo?
¿Quién está aquí?
¿Quién soy yo?
¡Socorro!

5

Me preguntaba ayer quién era yo,
de quién son estos ojos con que me veo ir.
En resumen, quién era yo cuando me siento así,
y estoy fumando, sin pensar, sonriendo,
cuando me veo ir
puesto que yo no me voy, me veo
el que fui ayer
más lejos cada vez y más pequeño.

Inmortal, desde luego,
pero tierno, nostálgico,
y sobre todo solo y sin consuelo,
sin posible consuelo.
Me falta hasta el dolor.

Y no soy yo. Acaso sea
el puro ser, acaso Dios,
acaso sea los ojos de la muerte.
Es eso, sí, yo no estoy vivo,
¡yo soy la muerte!

6

Soy como una frontera, como un límite,
sin actitud de guarda sin embargo,
al contrario, sonriéndome, fumando,
sin importarme mucho que se burlen de mí
todos los días.

Porque constantemente todos los que soy todos los días
se burlan de mí, me escamotean, me pasan,
persiguiendo intereses tontos o mezquinos.
Y aquellos otros demasiado oscuros o malvados
que yo, en verdad, no dejaría pasar
por un cierto rigor o por vergüenza,
con los que no podría ya disimular,
se pasan cuando duermo.

Toda mi vida es contrabando,
contrabando a medias consentido,
porque los veo ir, cantando, frívolos, silbando,
perderse, hundirse para siempre,
y yo los dejo ir, para que aprendan.

7

Voy todas las mañanas a la vida,
y yo me quedo aquí, esperándome,
ansioso, con temor de que algún día
no vaya a regresar.

La muerte es eso: esperar
sin ver llegar a nadie.

Y, ¿qué haré yo cuando el último de mí se vaya?,
¿cuando el último de mí venga a despedirse,
me dé la mano, me sonría en silencio,
y se vaya despasio?, ¿cuando allá, a lo lejos,
el último de mí,
se detenga un instante, inicie un gesto con la mano
peso se vuelva, rápido, y se pierda entre la niebla . . . ?

La muerte es eso: soledad.

9

Me han puesto aquí, frente a este libro,
frente a este hermoso árbol, frente a estas cosas
todas ellas inmóviles, imbéciles,
como animales ciegos, desamparados, tristes.
Y me han dicho: "Tú no las ves moverse
porque se van contigo, porque te vas con ellas.
Debes amarlas, pues. Es todo lo que tienes".

Las he amado, en efecto.
Las he compadecido.
Las he visto durante largo tiempo
pero disimuladamente, con amor, con prudencia.

Pero es mentira, era mentira,
yo no me voy con ellas,
porque, las de hace un año, ¿qué se hicieron?
Se fueron en silencio, sin avisarme,
sin decirme nada y sin llevarme.

Era una trampa, pues. Ahora lo sé. Estoy solo hasta
la angustia,
hasta el temor, hasta la indiferencia,
hasta la eternidad, inmóvil, sorda.
Ya no amo nada, no, ni a mi hija.

10

Para que yo las ame me engañan las cosas,
me hacen creer o bien que son eternas
o que me voy con ellas. Oh, criaturas,
¿es que creían que no las iba a amar
en viéndolas desnudas, pobres?
¡Oh, criaturas mías, dulces!

II

¿Que por qué son efímeras mis cosas,
las que he tenido, aquellas cosas
que un día amé y que he perdido para siempre?
¿Que por qué? ¿Y aun me atrevo a preguntarlo,
yo, que no tuve reparo en abandonarme al tiempo,
que no me quise acompañar?
¿Aun me atrevo a preguntar
por qué no me abandonaron ellas,
por qué se fueron conmigo, perdiéndose azuladas?
Ellas que me han amado más que yo a mí mismo.

Quieren irse conmigo, pobres cosas,
piensan que tal vez de muerto
pueda tener necesidad de ellas.
Pues sobre todo cuando me abandono
es entonces que adquieren verdadero sentido
y se gastan, se parten, se suicidan para poder acompañarme.

El juguete que perdí de niño

para el niño que perdí de adulto.
¡Y qué precio, Dios mío, qué alto precio
pàgó para poder acompañarlo!

Adiós, criaturas de la vida, gracias.
Salúdenme, díganme que por lo menos me recuerdo
desde este campo, aquí, por donde me paseo,
lejos de mí y de ustedes
que por seguirme amantes, fieles y calladas
me abandonan y conmueven.

12

Y aun el mundo que es tan grande,
tan hermoso y potente,
gira, se mueve, se gasta,
se va, anochece, muere,
para poder acompañar
lo que yo no me opongo que me quite el tiempo.

Ciertamente, podría
sentirme malo, traidor,
oportunista vil, etcétera.
Sin embargo, me quiero consolar pensando
que yo soy necesario aquí
para que por lo menos
ellos sepan, al verme inmóvil, desde más lejos cada vez,
que viven, que se mueven,
que caminan
o por si los atacan desde atrás.

Por otra parte, aunque quisiera

no los podría acompañar.
Estoy clavado aquí, lo he dicho ya.
¿Y yo qué voy a hacer si soy eterno?
¿Qué culpa tengo yo? ¿Qué quieren que haga?

13

¿Que soy traidor, oportunista, etcétera,
porque me quedo aquí, paseándome,
fumando, indiferente,
mientras que todo el mundo se suicida
por irse con esos que en el pasado he sido?

¡Pero si he dado todo lo que he sido!
¡Pero si con cada día que amanece
me tiro de cabeza al tiempo
persiguiendo cosas que en el fondo no me interesan
mucho!
Y esto sabiendo de antemano que no voy a regresar.
Sabiéndolo con toda la conciencia.

¿Y les parece poco?
Yo, que sé demasiado
para engañarme, vivo aún,
me dejo ir todos los días a la vida
para que las cosas,
para que los otros que en el pasado he sido

se sientan más acompañados y no crean
que he muerto y que ellos ya
no tienen nadie aquí quien los recuerde.

¿Y les parece poco?
Déjenme en paz.
Doy todo lo que tengo.
Pero de mí, de éste que soy aquí,
el que ve, éste que fuma,
éste que toco, esto todo que me queda, yo,
nada puedo entregar
aun cuando lo quisiera.
Pero además, no quiero.
Déjenme en paz, no me molesten.

14

Yo estoy detrás de mí
conmoviéndome de mi alegría
y riéndome de mi dolor.

Por mí, que vivo fijo,
apretado, inmutable,
como una máscara vacía, como un punto
de referencia sólo,
sé que me muevo y vivo,
que me alegro o que lloro.

Cuando desde el dolor, la lágrima,
cuando desde la risa, desde la vida tonta,
no pueda verme, compararme, entonces
ya no sabré que vivo
ni que me muevo o nada,
y habré muerto y ni siquiera
sabré que estaré muerto.
Porque no soy sino esta máscara dura
apretándome el alma, este rostro

que fuma, indiferente, pálido,
este punto de vista inmóvil
fuera del tiempo y de la vida,
esta mirada sin parpadear y seca,
que no es invisible, que tiene peso
porque por ella pasan corriendo todos los que soy todos los días
y está llena por eso y sólo por eso
es, sólo por eso ve, sólo por eso existe,
y no por nada más.
Luego yo no soy nada, yo no existo.

15

Soy una pura mirada sin ojo, un puro ver
tranquilo, indiferente, fumando,
que existe sólo porque veo,
porque me veo ir, venir, vivir mezquinamente.

Cuando se vayan todos los que soy,
cuando no vea nada, seré sólo
una mirada en el vacío, vacía,
y no seré ya más.

Heme aquí, pues, dependiendo, colgando
de esos seres mezquinos que he sido
que soy y que seré.

Ellos son mi pretexto,
y no sólo para ser, también para esta dicha,
porque los veo, sí, los odio, pero también
me veo a mí de reojo, solapadamente,
me toco, me amo.

16

¿Pero y si yo, ojo que soy, me cerrara?
No vería ya más, por supuesto.
Y como soy un puro ver, no sería ya más.

Pero, y si yo, astro puro en el espacio,
dejara de ser, ¿cómo sabrían los que soy todos los días,
ya sin ninguna referencia inmóvil,
que viven, que se mueven, que caminan?
No lo sabrían, no, no sabrían que viven,
es decir, no vivirían, serían vivos muertos,
o muertos muertos, es lo mismo.

—Gentes que soy, criaturas, deténganse un instante,
si es que pueden,
y escúchenme,
he aquí una advertencia:
Acepto que lleven vidas mezquinas, frívolas,
pero no más.
Cierto rigor estético o social,
o cierto creerme superior a los que soy, a ustedes,

me hacen que sea inadmisible la maldad muy grande.
Lo advierto, pues. Lo advierto.
Si cualquiera de ustedes quiere rebelarse,
afirmarse de ese modo, superarme,
dejaré de fumar, me cerraré.
Después de todo, es lo que hace mucha gente,
me parece.

Eso era todo. Sigan.

I.

Por mí vivo, sin duda.
Es por mí que sé que vivo,
que se afirma mi vida, se contrasta,
y se siente pasar, sentir, y todo lo demás.
¿Quién soy yo, pues, si no mi muerte,
mi muerte eterna y solitaria
paseándose lentamente por el campo?

15

Puesto que en este instante estoy lejos de mí

y fuera de la vida,

sosteniéndola, sí, pero desde abajo y fuera,

viéndola, también, más desde arriba, fuera,

incontaminado, ajeno a sus pobres intereses,

invulnerable a su muerte diaria,

¿qué soy si no la vida pura, vida de dios indiferente,
hermoso,

paseándome lentamente por el campo

mientras el viento juega con mi pelo?

19

¡Oh, siempre será ahora y en todas partes es aquí!
¡Qué hermoso!

20

¡Oh muerte repugnante, oh ser cobarde,
cómo te ensañas con los que soy todos los días
que van tan inocentes a la vida . . . !
¡Cómo te los comes, me los pierdes de tal forma
que si no fuera por mí
ni el recuerdo de ellos quedaría!
Mátame a mí, si puedes, muerte tonta,
conmigo, no con ellos, atrévete a medirte.

21

Se me preguntará, quizás,
cómo se reconocen todos los que soy
cuando se encuentran en la vida,
en los tranvías, en las calles,
entre tanta gente extraña, ¿cómo no se confunden?,
¿cómo no se contradicen los unos a los otros?,
¿cómo se continúan tan bien que hasta parece
que todos fueran uno sólo, el mismo,
el de ayer, el de hoy, el de mañana?
Y respondo: Por mí. Se ven mirándome a mí
para saber que viven, se ven viendo hacia acá,
y es esa referencia, es esa dirección
todo cuanto tienen de común, pero basta,
porque al mirarme a mí se cruzan sus miradas,
vuelven la vista atrás, curiosos,
a ver quién ve también lo que ellos,
y entonces se sonríen, se presentan, se hablan,
hacen pactos, se prometen favores,
se dan consejos, se despiden sonriendo.
Y yo también los miro y me sonrío.

22

Hoy he estado con un árbol,
con una piedra, con mi hija
y conmigo durante un cuarto de hora.
Fue cuando salía a ver
qué tal día iba a hacer hoy.

Se había atravesado una hora defectuosa
de un diente roto, de un minuto cojo, de manera
que no engranaba bien con la siguiente
y se había dañado el tiempo, detenido.
Todo estaba
ahí
en silencio, en paz, inmóvil, raro.

Salí, pues, afuera.
Durante un cuarto de hora hemos hablado,
nos hemos conocido a fondo
árbol, piedra, mi hija y yo.
Eramos como viajeros
accidentalmente detenidos en un albergue,

como viajeros que se acercan disimulando la tristeza
profunda
con sonrisas, con una charla banal
y con fórmulas corteses de respeto,
porque todos sabíamos que en el fondo
también los otros eran tristes.
Pero nos pusimos a jugar, la idea fue de mi hija,
y nos olvidamos todos de la tristeza profunda.

Probé el peso de la piedra, la toqué
como tocan los ciegos, como se tocan los amantes en
lo oscuro;
toqué también a mi hija, toqué el árbol,
me acosté en la tierra, la toqué.
¡Sí, existían! ¡Todas las cosas existían,
estaban ahí, paradas, esperando que las tocara!
yo, que siempre sólo las había visto
mientras se iban en el tiempo.

Ah, dicha sin igual, ah, compañía
radical, felicidad de rey,
nuevo Midas, corriendo, jugando con mi hija a tirar
piedras,
a coger cosas, a descubrir el mundo.
Todo lo que toco se hace duro.
Todo lo que toco existe.
Abrazo a mi hija, me convenzo, todavía está ahí;
le doy con un palo al árbol, está ahí;
tiro la piedra al aire, me toco a mí,
vuelvo a tocar a mi hija, entro a casa corriendo,
abrazo a mi mujer. ¡Sí! ¡También! Ya lo sospechaba.
Salgo otra vez corriendo,

me detengo a encender un cigarrillo . . . ,
ya está encendido, pero . . .
Pero escuchen, oigan
el ronroneo impávido, burócrata,
del motor del tiempo, ya funciona otra vez.

Se van. Yo ya me he ido,
ya no me encuentro por ninguna parte.
Sólo yo estoy aquí, buscándome,
sólo yo, como una mano vacía
que si se siente apenas es porque tiene un cigarrillo
entre los dedos.
Ahora comprendo que ellos sabían que yo me iba a
quedar,
que no habría sitio para mí. Sólo por mí disimulaban.
¡Qué buenos son, y qué dichosos,
ellos que se mueren juntos!

Mi hija también se ha ido, ya no es la misma,
es otra, sí, tan amorosa como . . . ,
pero ya no es la misma, es otra niña
recién llegada, sonriente, que quiere consolarme.
Déjame en paz, niña. Entra a casa.
Voy a buscar la piedra y ella tampoco es la misma,
por más que la miro ya no es la misma.
Ahora hay viento ya, caen las hojas de los árboles.
Seguramente este año hará un invierno frío.

23

Fumo, luego existo.
¡Oh, no te gastes tú, cigarrillo,
no me abandones también tú,
no te termines nunca, moriría!

24

¿Adónde van, criaturas de la vida?
¿Cómo no se regresa nadie
a decírmelo?

25

Pero también,
¿cómo sabría yo que soy inmóvil
si no los viera pasar?,
¿cómo sabría yo que soy eterno
si no los viera morir todos los días?

Gracias, criaturas de la vida.
Perdónenme si hoy me olvido de ustedes.
Quiero no verlos hoy, quiero olvidarme
de esta pena de verlos alejarse, abandonarme.
Hoy quiero irme por ahí, al campo,
gozar, dormirme, consolarme en esta soledad de Dios,
auscultar el silencio inteligente, conocer
la paz, la nada limpia, la nada nada.

26

Ah, ¿qué estará pasando ahora en el mundo
sin mí?, ¿qué estará siendo de mí en el mundo
sin mi?, ¿dónde estaré?

Hoy no iré a verlos, hoy no me opondré
a su vivir, su paso, las turbulentas aguas que los llevan,
para que choquen contra mí, se sientan
y por lo menos sepan que se están muriendo.
Hoy quiero saber cómo era Dios
antes de la Creación, antes de nada.

27

En un principio fue el silencio, éste.

28

Nada.

Tengo un pie desnudo sobre el fuego
y el otro en una plancha helada.
Por éste sé que aquél se está quemando
y por aquél que es frío éste.
Una parte de mi alma está en el tiempo,
la otra parte aquí, en la eternidad,
y se lo deben todo mutuamente.

Luego yo necesito de esos seres mezquinos, frívolos,
que soy todos los días
para saber que soy eterno, frío.

Luego Dios necesita también de las criaturas,
porque si no, ¿cómo sabría que es Dios?
(Bien pudo ser por eso la Creación).

O quizás no lo sepa,
habría que decírselo.
Dios, míranos, tonto,
ámanos.

29

Regreso a mí, a verme,
no sé si un poco triste o humillado
o acaso alegre porque sé
exactamente dónde soy dichoso.
(Aquí, mirándome).

Vengo al dolor de verme ir todos los días
para saber que yo me quedo,
para esta dicha debajo del dolor o encima,
para esta dicha solapada, oblícua.
Siempre te veré, José, no te preocupes,
estaré siempre mirándote
desde esta eternidad que al verte siento.

30

Cuando el último de mí se pierda entre la niebla

y yo no tengo ya a quien ver, por quien saber que soy eterno,

por quién saber que estoy aquí, que veo, entonces

yo también moriré, pero tranquilo, sin hacer ruido,

como deja de ser una mirada que no tiene nada enfrente.

Así, sencillamente.

Cerrar los ojos, o, mejor, tenerlos abiertos

y no ver nada, eso es la muerte.

31

Si viera a Dios no moriría nunca
aun cuando no tuviera nada mío en la vida.

32

Si Dios quiere salvarme, darme una asa

en qué enganchar la mirada cuando todos los que soy
se agoten

y no caer en el vacío, si Dios quiere salvarme,

El sabe dónde estoy.

33

Si yo viera a Dios
ya no vería a los que soy todos los días,
ya no tendría necesidad de ellos
para llenar esta mirada, para ser,
para saber que soy eterno, ni tampoco
desaparecería al perderme entre la niebla
el último de mí.
Viviría siempre.

Pero si yo no viera a los que soy,
si apartara de ellos mi mirada,
ellos tampoco me podrían ver,
no sabrían que viven, que se mueven,
y morirían, es lo mismo.

Porque quien ve el rostro de Dios, muere,
y sin embargo vive para siempre.

34

Y Dios no viene a mí
para que no abandone yo a los que soy.
Al parecer esas criaturas
tienen derecho de saber
que por lo menos mueren.

Cuando ellos se terminen, cuando
me abandonen ellos,
quizás entonces.
Para salvarme·

35

Ya no me importa perderme por la vida,

no me importa morirme, no me importa nada.

Siempre sabré que hubo un sitio, hubo un momento

donde toqué fondo, donde

Dios puede encontrarme cuando quiera, y eso

dudo que nadie pueda nunca quitármelo.

El día que me muera volveré hacia acá los ojos,

porque seguiré aquí, tranquilo, paseándome por el campo,

y desde aquí también me miraré,

me daré ánimos, me sonreiré.

Y yo también entonces sonreiré.

36

Pero, ¿y antes de que yo existiera,
antes de que viniera a quí, a pasearme por el campo,
antes de encontrarme, a quién miraba yo
para saber que era?

Me lo pregunto y no sé qué contestar.
Seguramente me miraba
cuando estaba viendo a don Pedro muerto,
o aquella vez que iba en autobús
y sentí, no sé por qué, una cosa rara,
o aquella vez cuando salía del cine,
o aquella vez momentos antes de acostarme
o aquel domingo donde no tenía ni un amigo,
o aquella tarde cuando estaba sentado.

Siempre trozos de mí, medio inconscientes,
instantes, minutos cuanto más,
pequeños agujeros por donde
me veía.
Probablemente es eso lo que todo el mundo tiene.

Hoy, sin embargo, no, hoy tengo un hueco
de seis meses de ancho por donde puedo verme
paseándome por el campo, hoy puedo verme íntegro
con todo el ojo y toda la conciencia.
Hoy me he encontrado a mí despacio,
pero sin hacer aspavientos, apenas si sonriendo,
me he encontrado a mí despacio, advertido,
desde la cabeza hasta los pies, desnudo,
me he encontrado
sin esperarme, fumando, inexpresivo
y grande, inmenso, de manera
que ya no tendré necesidad de aquellos trozos
o pedazos de ser que antes me guiaban.
De ahora en adelante podré verme,
desde la vida donde estoy todos los días,
brillando como un astro de luz fija y sin párpados,
inmóvil, grande, eterno,
paseándome, fumando por el campo.

37

Es que desde hace más de seis meses vivo en Alpedrete
donde suelo pasearme por las tardes
cuando regreso de Madrid.
Pero esto, en realidad, no tiene importancia,
todo pudo suceder de igual manera
a la salida de un cine o al doblar la cabeza.

35

Sólo me tengo a mí,
sólo tengo este rato, este momento
y este cigarrillo y ya mañana
lo habré perdido todo cuando vuelva.

39

¡Oh, cuan efímera es la eternidad del alma!

40

—Voy a dejarme aquí, yo también
me voy a abandonar.
La vida me reclama.
Por ti, José, sabré que vivo.
No dejes nunca de mirarme.
Me voy. ¿Decías ayer
que querías saber cómo era aquello?
Pues bien, te escribiré.
Y tú no dejes nunca de mirarme.

II

—Voy a llevarme el cuerpo.

Voy a llevarme el alma.

Voy a dejarte solo.

Así nadie te verá, José, por estos campos.

Astro puro en el espacio, sensación amplia sin orillas,

eres un instante rescatado al tiempo, eterno.

Mírame siempre, dame fuerzas, perdóname

cuando me veas llorar, reir, vivir mezquinamente.

12

Bueno, pues, José, adiós.
Dichoso tú.
Pórtate bien.
Recuerda mi advertencia y
publícame este libro
para que lo lean todos los que soy
y me conozcan y me encuentren.
¡Hombre, no, no llores, no seas tonto!
Déjame los cigarrillos
y vete ya, criatura.
Puedo tener visita.

AHORA

(POEMA EN FRAGMENTOS)

1

Me busco a tientas, trato de recordar
el que fui ayer para apoyarme
y no caer al levantarme,
para poder vestirme.
Prendo la luz.
Una luz desvelada, amarillenta.
Y sí, me encuentro, éste soy yo,
me parece. Me levanto.
Vacilo un poco pero al fin
me he levantado ya. Me visto.
Pongo la leche al fuego.
Luego me lavo un poco.
Desayuno.
Voy al pozo a traer agua.
Hará un buen día hoy seguramente.
No hay nubes.
Regreso. Termino de vestirme.
Fimo. Sí, me he encontrado conmigo,
me parece.
Pues bien, y ahora, ¿qué?
¿Qué hago?

2

Ah, sí, ya recuerdo.
Yo soy aquél que ayer decía
que era eterno. Que sonreía.
Me veo sonreir y me sonrío,
porque eso me divierte.
¡Qué idiota soy!
Que era eterno. ¿Habrase visto
tamaña estupidez?
¿Por qué habré dicho eso?
En fin, debo apurarme.
Puedo perder el tren.
(Marcela, mi corbata.
Cualquiera, da lo mismo).
¿Por qué habré dicho eso?
¿Por qué sonríe el muy imbécil?
¿Qué me ve?
¡Ya no sonrías, tonto! ¡No me mires!
¡ . . . , que no sonrías!

3

He ahí la vida frente a mí,
he ahí
un día nuevo, bullicioso,
alegre desde lejos, lleno
de cosas que hacen ruido y que se mueven
y de hombres. Lo voy a atravesar.
Voy a llegar hasta su otra orilla.
Mírame, sí, sonriente imbécil,
mira cómo me hundo, aprende.
Esto se llama vergüenza, mira:
. . . . . .
Y esto se llama ganas de llorar:
. . . . . .
Mírame viéndote y mira cómo rompo
los versos que has escrito, idiota.
Es esto, ahora, lo que se llama
vivir. Aprende
y atrévete, si puedes.

4

No sé dónde esconderme, estoy mirándome.
Me da vergüenza verme así.
Estoy seguro de que no podría
comprenderme, la vida lo hace a uno
tan vil y tan mezquino, y es la vida
la única cosa que podría justificarme.
Pero yo, qué voy a comprender la vida.

5

Marcela, asómate a mis ojos,
alguien me está mirando desde el fondo.
Me están mirando, sí, desde Alpedrete,
desde la eternidad, no estamos solos.
Ayúdame a ser serio,
a que no diga o haga tonterías,
que no se burle de mí, que no se ría,
disimulemos, pues, no hagamos gestos.
Ayúdame a ser digno, estoy mirándome.

6

¿Qué fue de aquello, al fin? ¿Has visto a Dios?
No. Que de haberlo visto no estarías mirándome.
De verdad que tengo ganas de que lo veas,
de que me dejes solo con mis cosas.
Al fin y al cabo yo no necesito
saber que vivo o que me muevo.
Estoy muy ocupado para eso.

¡José, José!, ¿verdad que existo?

¿Estás ahí? Perdón.

Perdóname, estoy mareado.

Dame la mano, sácame de aquí.

Llévame otra vez a Alpedrete.

Me hacen daño. ¡José, José!

¡Deja que me agarre de tu mirada ahora!

¡Me estoy hundiendo, auxilio!

8

Gracias. Sí, ya te recuerdo.
Te veo. Sí. Es un momento solamente,
para coger aliento.

9

Me acuerdo cuando estaba en Alpedrete
y veo mi recuerdo con tristeza,
nostalgia . . .
Me veo en Alpedrete y de repente
mi recuerdo se vuelve y él también
me contempla con tristeza.
Disimulo la mía y le sonrío.
Disimula la suya y me sonríe.
Pero no nos engañamos.

El se queda o se ha ido,
o soy yo el que me he quedado,
o el que me voy. No sé.
Pero es triste, dulce, en esta hora
de atardecer que tanto amaba.

10

Mi mujer me ha prohibido que te vea
o que te cuente nuestras cosas íntimas.
Te odia un poco, me parece.
Quiere ser ella la que me salve.
¿Y cómo va a poder, la pobrecita,
si ella también se hunde y me acompaña?

11

Nosotros,

los que vamos a morir,

te sonreímos.

¡Oh, si supieras lo que hay detrás de esta sonrisa!

No lo sabrás nunca.

Desde luego que no seré yo quien te lo diga.

12

Adiós. Dejo trazado el camino
para que los que detrás de mí vengan
puedan también hallarte.
Good by. Au revoir. ¿No te hace gracia?
Ya ves, tengo buen humor,
porque esto de vivir, en fin, no es nada.
Yo lo haría otra vez. Pero no quiero.

INDICE

	Págs.
AQUI	7
AHORA	63

"AQUI, AHORA", por JOSE de JESUS MARTINEZ, se terminó de imprimir el día 31 de Agosto de 1963, siendo Luis Bossano Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y Edmundo Velasco Z. Regente de los Talleres Gráficos.

Manuela Sáenz (Dos Tomos), por Raquel Verdesoto de Romo Dávila.

Una Llama en la Noche, por Manuel Terán Monge.

Resumen de la Arcilla Perdurable, por Félix Yépez Pazos.

La Aurora es Inmortal, por Fedro Guillén.

Alain - Fournier, Poeta, por Darío Lara.

Alma, por Miguel Sánchez Astudillo.

Antología Poética, del "Grupo Caminos".

Las Siete Vidas de Wenceslao Perilla, por Diego Viga.

Don Hernando de Santillán y la Fundación de la Real Audiencia de Quito, por Fray José María Vargas, O. P.

Hombre Planetario, por Jorge Carrera Andrade.

△

POR PUBLICARSE

La Agresión Peruana al Ecuador (Dos Tomos), por General Luis Larrea Alba.

Discursos y Conferencias, por Manuel Cabeza de Vaca.

De las Teorías Ideológicas a la Realidad Económica (Dos Tomos), por Philippe Guignabaudet.

El Fabuloso Reino de Quito, por Jorge Carrera Andrade.

PRECIO: S/. 10.—

IMPRESO EN EL ECUADOR. — Quito
Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana